
Recordatio et memoria.

Ruggiero Romano

(Ascoli Piceno, 1923-París, 2002)

Marco Bellingeri

Antes que nada, me pregunto si hoy en día tiene algún sentido recordar que el único deber del historiador es producir historiografía (y lo digo parafraseando una afirmación de un personaje, o mejor dicho de un mito, de la América Latina contemporánea que he amado poco).

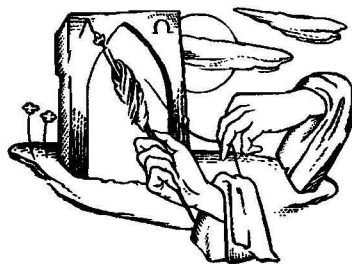
Ahora bien, si el quehacer del historiador es, al fin y al cabo, proponer (y no necesariamente resolver) preguntas inéditas, como nos lo indicaron, entre otros, Croce y Febvre, debe averiguar de dónde surgen y, sobre todo, con qué prioridades se ordenan estas cuestiones-problemas. Sabemos que germinan de la disciplina misma, o, muy a menudo, del entramado que el historiador debe reconocer entre diversas disciplinas, en un nivel que prefiero definir como meta-disciplinario más que multidisciplinario, esto es, con mayor atención en la evolución (y la involución) de la lógica de las diversas disciplinas que en sus técnicas. A manera de ejemplo, basta aquí con reflexionar sobre el encuentro fecundo entre historia y etnología —obviamente sólo entre lo mejor de ambas disciplinas.

Las preguntas, sin embargo, se ordenan en una escala de prioridades no sólo científicas, sino también “sociales”, gracias al empleo de una visión ética del cometido civil del historiador. A él le fue demandado reflexionar sobre las vías torcidas que llevaron a los escasos resultados y serias limitaciones del proceso de liberación del hombre contemporáneo de las constricciones ideológicas y materiales. De tal modo que para el historiador hasta la política puede volverse un medio legítimo, un instrumento noble.

Todos concuerdan acerca de que el historiador no debe poner su profesionalidad particular al servicio de la política; pero es mucho más difícil entender que, a diferencia del erudito, no debe fingir ignorarla. Al contrario, como Venator, el historiador protagonista de *Eumeswil* de Ernst Jünger, debe extraer de su mismo ser ácrata (laico, diríamos nosotros) el recurso primero gracias al cual alcanzar una imparcialidad sustancial. “Éste es el placer del historiador: participar en las combates de los dioses y de los hombres a la manera de Zeus.”

Ya en la lid, su esfuerzo máximo, su misma razón de ser radica en el embate permanente, éste sí honestamente militante, en contra de la prácticas corrientes del anacronismo y del anatopismo, resultado no tanto de una ignorancia inocente, como de verdaderas tácticas culturales inherentes a las estrategias del poder: adaptar los criterios empleados para interpretar una problemática específica en un momento y lugar determinados a otros espacios y otros tiempos. Y es

El historiador semejaría más un destructor que un constructor de arquitecturas concebidas como eternas: en particular cuando se apresta a provocar la implosión de modelos interpretativos que se pretenden universales y atemporales. Un verdadero "intellettuale disorganico".



obvio aquí que visión diacrónica y pensamiento crítico se funden en el ejercicio del historiador volviéndose oficio; si este último es conducido bien, niega definitivamente lo absoluto que pretenden todos los modelos universalistas, engendros de ideologías, presunciones, orgullos nacionales, académicos o sectarios.

En otras palabras, para el historiador, el culto a la duda, de inspiración brechtiana (“Leed la historia y mirad - en fuga furiosa las huestes invencibles...”, etcétera) —duda no escéptica por lo tanto, sino metódica y creativa que, lejos de sobrevivir como un ideal ético-político abstracto, se vuelve fundamento de su identidad de científico social— es lo que continúa diferenciándolo en su diálogo e interacción permanentes con las otras disciplinas. Interacción, he dicho, no subordinación; tampoco, en sentido estricto, propedeuticidad.

Así que, al menos desde una cierta perspectiva, el historiador semejaría más un destructor que un constructor de arquitecturas concebidas como eternas: en particular cuando se apresta a provocar la implosión de modelos interpretativos que se pretenden universales y atemporales. Un verdadero “*intellettuale disorganico*”.

No hay que extrañarse mucho, por lo tanto, si su oficio puede parecer fuera de moda, y de nada sirve su atareado intento de ponerse al servicio de un debate político, que impone siempre su sincronismo y su territorialidad. Quien así operara, correría el riesgo de revivir aquel tipo de intelectual-burócrata, al servicio de un príncipe —por cierto para mí uno de los sujetos “responsables” de la decadencia de Italia a lo largo de casi medio milenio—, una figura muy diferente de la del historiador que sabe aceptar, o mejor dicho, valorar como un tesoro su función pública verdadera y original.

El texto anterior es un intento de elaborar, sobre la base de fragmentos reales y de una invención personal mía, una especie de mensaje póstumo, un apócrifo, de Ruggiero Romano, recientemente fallecido en París a la edad de 79 años.¹ Estoy, por otro lado, absolutamente seguro de que, si él pudiera (y a lo mejor es posible que lo esté haciendo en este momento desde algún páramo desconocido para nosotros), me mandaría enseñuida, con lenguaje vernacular, a una muy precisa dirección...

Intelectual disorgánico, historiador, cosmopolita, anticonformista, dandy, no creyente y libertino, en el sentido del siglo XVII —como él mismo se definió en público hace unos años—, Ruggiero Romano era conocido por su pésimo carácter. De todas sus cualidades, comprendiendo esta última, había pagado el precio. Sin embargo, con 75 años a costas, afirmaba que había valido la pena: “... porque, hechas las cuentas, me he divertido bastante”. Y Ruggiero, cuando se refería a diversión, apuntaba a su oficio, además de unas siempre moderadas prácticas libertinas, como lo demuestra la bibliografía de sus textos editados entre 1947 y 1999: una mole de 369 títulos, más una docena de direcciones de obras colectivas, entre las cuales se encuentra la *Enciclopedia* en 16 tomos y la *Storia d'Italia* en 10 volúmenes, esta última en colaboración con Corrado Vivanti, ambas obras publicadas por Einaudi.²

Mucho se ha discutido sobre el americanismo de Ruggiero Romano. Considero que con razón nunca fue un latinoamericanista, sino

un intelectual cuya formación él mismo definió como italo-franco-hispano-polaca.

Inspirado por sus Maestros europeos siempre reconocidos (con M mayúscula, como él los recordaba), Chabod, Febvre, Braudel, acompañado por sus primeros colegas en las aventuras americanas, como Góngora o Romero, o junto con otros “emigrantes” transatlánticos o “extranjeros” en su propia patria, como Polanyi, Murra, Arguedas, Métreaux, Zuidema, Wachtel, Burga, Flores Galindo, etcétera, supo alcanzar y mantener con agilidad increíble un equilibrio precario en el terreno movedido de los extremos de una civilización histórica, la europea, o mejor dicho, de su muy propia corriente minoritaria que, en la diversidad de los tiempos y de los espacios, sentía el deber de poner a prueba toda centralidad preconstituida.

Desde este lugar, a lo largo de medio siglo, escapando gracias a una sólida percepción teórica de los bajos de arena del eclecticismo y del empirismo, navegó sin cesar en búsqueda de las llaves interiores, de los modelos, o mejor dicho de las redes de modelos necesarios para entender civilizaciones diferentes, manteniéndose siempre adversario fiero de las leyes como regla, pero atento siempre a las reglas del juego.

Baste aquí con recordar sus polémicas épicas contra los rostowianos, primero, y los dependentistas, después: a diferencia de lo que algunos todavía suponen, a Romano no le importaba un pepino el uso político de aquellos debates, especialmente en sus variadas declinaciones nacionales. Obviamente él habría empleado seguramente una expresión más colorida.

Lo que él quería imponer era la ciencia de los Abel, los Kula, los Bairoch y la suya propia, resultado de estudios incansables sobre la coexistencia de diferentes esferas mercantiles y de circulación en las sociedades pre o a-industrializadas, arrojando luz sobre las variables no económicas de los modelos económicos y encontrando en la larga duración —sin caer en la trampa de una historia de las permanencias— lo que del pasado reside aún en el presente, y no lo contrario, práctica calamitosa esta última que conduce a resaltar aspectos aislados, puramente formales y hasta ilusorios.

Por eso me parece sumamente interesante que, en la que fue probablemente su última intervención pública, Romano quisiera evocar nuevamente, en contra de lo que él definía como “el maldito afán contemporáneo de lo nuevo a toda costa”, que sistema feudal nunca ha sido, sino en una particular y caduca definición, una categoría marxista, mientras seguía siendo una abstracción que nos remite a un sistema económico organizado sobre la desposesión elemental del trabajo ajeno y de la tierra. Éste, fundado en lo esencial sobre los principios de una economía natural —lo que no le impide interactuar normalmente con formas de economía monetaria— y asentado sobre servicios pesados establecidos en la esfera del derecho privado —no obstante algunas libertades propias al derecho civil— se caracteriza por ser gobernado más por una lógica de rapiña que sobre la renta agraria, más sobre la usura que sobre la ganancia.

Resulta fácil así comprender por qué Romano regresó en sus últimos tajantes ensayos a reflexionar sobre la relación entre economía natural, monedas y precios: su “feudalidad” seguía y sigue todavía

Escapando gracias a una sólida percepción teórica de los bajos de arena del eclecticismo y del empirismo, navegó sin cesar en búsqueda de las llaves interiores, de los modelos, o mejor dicho de las redes de modelos necesarios para entender civilizaciones diferentes, manteniéndose siempre adversario fiero de las leyes como regla, pero atento siempre a las reglas del juego.



Se trata [...] de un ejemplo [...] de las fronteras últimas que Ruggiero meditaba traspasar: aquellas que se podían abrir gracias a la duda aplicada en contra de las vulgatas de la duda misma, y, más claramente, del “nuovismo” que él denunciaba como una forma particularmente engañosa de ignorancia y de insolencia; aquellas que están más allá de la reproducción de nuevos etnocentrismos, residuales pero aún peligrosos; y finalmente aquellas, aparentemente críticas, que se inspiran en la razón absoluta, la naturaleza idealizada, el género mitificado.

siendo una trinchera desde la cual defenderse de los embates del anacronismo y, para América Latina en particular, de las amenazas del anatopismo, exactamente al contrario de lo que algunos superficialmente todavía piensan.

Se trata únicamente de un ejemplo entre muchos —que, no lo niego, tiene para mí un significado del todo particular— de las fronteras últimas que Ruggiero meditaba traspasar: aquellas que se podían abrir gracias a la duda aplicada en contra de las vulgatas de la duda misma, y, más claramente, del “nuovismo” que él denunciaba como una forma particularmente engañosa de ignorancia y de insolencia; aquellas que están más allá de la reproducción de nuevos etnocentrismos, residuales pero aún peligrosos; y finalmente aquellas, aparentemente críticas, que se inspiran en la razón absoluta, la naturaleza idealizada, el género mitificado.

Este ser de frontera tuvo primeramente el precio de su rechazo hacia el estado-Italia (especialmente de su apéndice universitario), compensado por su amor ininterrumpido por el país-Italia (no por cierto por la Italia paisana), al tiempo que, como buen cosmopolita, le era del todo indiferente la cuestión de su propia, o ajena, identidad nacional.

A cambio, Romano inventó y vivió un espacio inmaterial, cultural y científico. Ni América, ni Europa, ni tampoco “euroamericano”, neologismo académico-disciplinario hoy de moda, este espacio fue tomando a lo largo del tiempo las formas de Italia, de Francia, de Chile, de Argentina, de Polonia, de Perú y de México, y obligará, espero que por un largo tiempo, a todos los que quisieran aún seguirlo, a afilar el lado crítico de nuestro particular oficio como un medio indispensable para sobrevivir.

Turín, 4 de mayo de 2002

Notas

¹ Con tal fin saqué ampliamente los textos editados por Alberto Filippi, a los que remito el lector: *Ruggiero Romano. L'Italia, l'Europa, l'America. Studi e contributi in occasione della laurea honoris causa*, Camerino, 2000; de manera particular, además obviamente de las contribuciones del mismo Romano, véanse los ensayos de Walter Barberis, Vanni Blangino, Fernando Devoto, Alberto Filippi. Igualmente importantes fueron los ensayos editados por Leandro Perini y Manuel Plana: *Una giornata con Ruggiero Romano. 25 ottobre 2000*, Florencia, Le Lettere, 2001; en particular léase el postfacio del propio Romano, una de sus últimas presentaciones públicas, fechada en París el 26 de abril de 2001, y las contribuciones de Carmagnani, Plana y Melis, referidas a la historiografía latinoamericanista.

² Alberto Filippi, “Guida alla bibliografia degli scritti editi di Ruggiero Romano (1947-1999)”, en Ruggiero Romano, *op. cit.*, pp. 455-485. Sobre la *Enciclopedia Einaudi* léase en particular las páginas 36-44 del ensayo de Krzysztof Pomian, “Storia ed enciclopedia nell'opera di Romano”, en Ruggiero Romano, *op. cit.*